

## OBSERVACIONES A LA *IMAGEN DE DIOS, ANTROPOLOGÍA TEOLÓGICA FUNDAMENTAL*, DE JUAN LUIS RUIZ DE LA PEÑA

Eugenio Nkogo Ondó

Queridos amigos y compañeros, Antonio Trobajo, Vicario de Relaciones públicas de la diócesis de León, Juan Manuel Sánchez, Bibliotecario del Seminario, y Nicanor Martínez, Profesor de la misma Institución.

Os envío esas observaciones que, como reza en el epígrafe, se dirigen a una obra que invita a ampliar los conocimientos no sólo a los especialistas, sino también a los lectores interesados en su temática, sea de la misma o de diferente confesión, y los remite a fuentes bibliográficas de gran importancia, fuentes que sirven de consulta a los cristianos capaces de comprender o de descifrar la naturaleza del vínculo que los une a un Creador, en distintas lenguas habladas en todos los continentes. En principio, es obvio que toda antropología teológica o teogónica sea creacionista y mantenga que el ser racional haya sido creado por Dios y que, en consecuencia, sea su reflejo en la tierra y siga el camino de su perfección. Pero, la diferencia consiste en los términos de esa creación. Esto fue justamente lo que hice alusión en mi conferencia sobre “Los modelos de familia en la historia”, en nuestro recordado encuentro el 17 de diciembre de 2014, en el Centro Superior de Estudios Teológicos de la diócesis de León. Nos valdrá, una vez más, hacer una breve referencia a lo que llamé monismo ontológico, que difiere del dualismo del cuerpo y la vida que aparece en la concepción bíblico-judaica.<sup>1</sup> Recuerdo haberos proporcionado algunas fotocopias de ciertas páginas del texto citado. En efecto, en el pensamiento africano tradicional, el tratado de la persona humana es mucho más complejo que el del pensamiento europeo. Mientras que este conserva el esquema platónico-aristotélico de cuerpo y alma o materia y forma, aquel se apoya en un pluralismo que demuestra que el hombre o la realidad humana se compone de cuerpo, soplo (vida), sombra, espíritu, corazón..., como lo reflejó el filósofo y teólogo Alexis Kagamé, al hacer un estudio pormenorizado de la cuestión, en su obra *La Philosophie bantú comparée*. Aun contando con esa pluralidad de elementos esenciales y constitutivos de su naturaleza, este hombre, “universo en miniatura” o microcosmos como lo designan esas culturas, cuyo equilibrio abarca una multiplicidad interior “de planos de existencia concéntricos o superpuestos (físicos, psíquicos, y espirituales en diferentes niveles), así como una dinámica constante”, expuestos “con claridad y distinción” por Amadou Hampaté Bâ, “fue creado por Dios”.

Eso nos permite retomar el relato bíblico que nos recuerda que “Modeló Yavé Dios al hombre de la arcilla y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser

---

<sup>1</sup> Iean-Calvin Bahoken, *Clairières métaaphysiques africaines, essai sur la Philosophie et la religion chez les Bantu du Sud-Cameroun*, Éditions Présence Africaine, Paris, 1967, p. 26.

animado” (Gn. 2,7). Tal como dije, aquí aparece por todos los lados la dualidad de la arcilla y del aliento, una dualidad que no es fácil eliminar si quisiéramos seguir los pasos de la disciplina hermenéutica. De hecho, tal como nos la presenta Juan Luis Ruiz de la Peña, en su ya anunciada y reconocida obra, *Imagen de Dios, antropología teológica fundamental*, Editorial Sal Terrae, Santander, 1988, ni en la página 27, ni en la 28 se plantea el problema, sino en la 52, “3. La concepción del hombre en el libro de la Sabiduría”. Aquí, él mismo admite textualmente que “Con el libro de la Sabiduría, escrito en griego en torno al año 150 a. de C. por un judío alejandrino, estamos ante una terminología antropológica nueva”, pero no exenta de dudas y de múltiples interrogantes, tales como: si el griego bíblico ¿sigue siendo expresión de las concepciones antropológicas enunciadas en hebreo?, ¿Se trata de dos antropologías bíblicas en lugar de una sola?, ¿Hasta qué punto serían compatibles o a cuál de las dos habría que adherirse?, etc. Partiendo de su léxico, escoge *soma, psyché, sárx, pneûma*, e intenta buscar tanto sus usos como sus equivalencias en hebreo, como *basar, ruah, nefes...* En las páginas siguientes, 53, 54, 55, justifica o revisa los fundamentos de aquella antropología helenizada, al mismo tiempo que introduce matices significativos y otras aclaraciones.

Al avanzar progresivamente en su indagación, la respuesta a la pregunta de si “¿Podemos ensayar una caracterización más positiva del pensamiento antropológico del Sb?”, p. 56, da una impresión de que se inclina hacia una posición que tienda a forzar rápidamente una determinada interpretación. Así vemos que, por un lado, afirma que la designación del primer hombre, en el Gn 2,7, evoca al Dios alfarero, y, por otro, que tanto en Sb 7,1 como en su fuente yahvista no se habla de “un modelado” del cuerpo; lo que sale de manos de Dios es el hombre entero, al que le será infundido el “aliento de vida” para que resulte así un “ser viviente”. Estos tres momentos, indica finalmente, vienen a ser recogidos con sorprendente fidelidad en una triple secuencia, que recoge en terminología griega... A mi modesta opinión, la afirmación de que la arcilla con la cual Dios modela al hombre no habla de un “modelado” del cuerpo, puede convertirse fácilmente en un presagio que nos advierte que el criterio estrictamente hermenéutico, que todos seguimos para “buscar la sustantividad del texto”, como diría Aristóteles, corre el riesgo de ser asumido o desplazado por el criterio dogmático.

Es evidente que el libro que nos presenta Juan L. Ruíz de la Peña es un buen texto de investigación, una exégesis que puede ser más o menos aceptada, no aceptada, o matizada por los que lo crean oportuno. Sinceramente, me ha resultado curioso que, en este tema concreto que es objeto de nuestra atención, el autor no haya tenido en cuenta la exégesis del Obispo de Hipona. Sólo dedica una página y media, 99-100, a otros textos suyos que no se refieren a la cuestión. Sabemos que San Agustín fue un filósofo docto que manejó con singular pericia el original griego del *Libro Sagrado* y, sin negar un vocablo del pasaje que estamos comentando, pudo arrojar sobre él alguna luz válida para la posteridad, en *La ciudad de Dios*, Libro XIII, sección 24, que llevaría precisamente el título de: “¿Cómo se debe interpretar aquel soplo de Dios por el que fue

creado el primer hombre en alma viva, o aquel que Dios produjo al decir a sus discípulos: “recibid el Espíritu Santo”?

A esa fuente habría que añadir que, en la *Sagrada biblia*, versión directa de las lenguas originales por Eino Nacar Fuster y Alberto Colunga Cueto, O. P., de la BAC, que todos manejamos, aparecen, justamente, detrás de la presentación, los “Consejos de San Agustín a los lectores de la *Sagrada escritura*”, extraídos de *De doctrina christiana*, 2 c. 9.

En esa aproximación a la obra divina a través de un relato mítico, escrito por los hombres de la época, “scripta manent” decían los clásicos, pienso, como un simple cristiano, que el hecho de negar o de reconocer la división perceptible del acto realizado por el Eterno Padre para crear al hombre, no escatima en ningún ápice ni su voluntad creadora, ni mucho menos la fe de los que creen en Él como Ser supremo.

Queridos compañeros, me gustaría que remitierais esas pequeñas observaciones a vuestros alumnos y al público atento que asistió a nuestra sección interdisciplinar, que supisteis organizar, sobre “La familia en la encrucijada”.

León, 7 de abril de 2015.